

Que la luz eterna resplandezca para ellas. No menos necesitan las almas del purgatorio la luz perdurable de la gloria, que las desdichadas que aún viven en los errores de este siglo, la luz eucarística. Vuestra luz, Señor, brille en todas las partes del mundo y en las inteligencias de los hombres, para que por todos y en todas partes se os adore como á Dios, y se os proclame Rey de los siglos y de las eternidades. Amén.

EJEMPLO

Refieren las crónicas franciscanas que el beato Antonio Estronconio, lego de profesión en la Orden Seráfica, profesaba un amor no común á la Santa Eucaristía. Todos los días del año practicaba mil genuflexiones en honor del Sacramento. Cuando se ponía en presencia de este adorable Misterio quedaba repetidas veces dulcemente absorto en la contemplación de las finezas eucarísticas; y en una de estas ocasiones en que tanto se deleitaba su corazón amante, le reveló el Señor que gustaría sobremanera le encendiese muchas velas en el altar al tiempo de ser celebrado el tremendo Sacrificio de la Misa. El mencionado siervo de Dios, aunque pobre de profesión, pedía cera de limosna para poder ejecutar las órdenes de Jesucristo, quien, al exigir á su siervo tanta profusión de luces, quería manifestarle que Él es la luz que ilumina á todo hombre.



XIV

*Jesucristo Sacramentado, Médico de
nuestras almas.*

*Sana me, Domine.
Cúrame, Señor.
Ps. VI, 2.*

1. Cuando á un torrente devastador con todos los horrores de sus furias, se le puede oponer fortísimo dique que impida su desbordamiento, el ánimo perturbado se tranquiliza y cobra nuevos alientos y esperanzas salvadoras. Tristes, muy tristes son los efectos de toda enfermedad, principalmente si es contagiosa y á su rápido desarrollo, que aumenta progresivamente cual arroyo creciente en tiempo de lluvias torrenciales, apenas se podrá oponer dique humano: cesará cuando plazca al Altísimo. Empero, pudo el caudillo de Israel, mediando el mandato divino, remediar á sus súbditos de la aguda dolencia epidémica con una serpiente de metal que colocara sobre un madero en forma de cruz, de suerte que los que miraban con fe la imagen del reptil quedaban repentinamente curados.

Mas, ¿cuál es esta simbólica serpiente fijada sobre la cruz, sino el Redentor crucificado, pero un Redentor que ha depositado toda su virtud, todos sus tesoros, todos sus méritos en el Sacramento Santísimo? Este Sacramento es, pues, con verdad, el fortísimo dique que puede oponerse al terrible contagio de las enfermedades espirituales y alguna vez también, aunque *per accidens*, de las corporales. En

él está latente el sapientísimo Médico que sabe dirigir el curso de las dolencias humanas, que puede extinguirlas en un momento dado, y que su voluntad consiste en curarlas completamente.

2. Experto el vate coronado en las misericordias del Altísimo, consideraba á su Dios como á poderoso y único remediador de sus males, y he ahí por qué le suplica con instancia la oración encerrada en estas tres palabras que me han servido de texto: *Cúrame, Señor*; y como su confianza era grande y la bondad de Dios más grande aún, no es extraño que David experimentara en sí mismo los saludables efectos de sus humildes ruegos; pero el cristiano que tiene más experiencia que el salmista respecto á la benignidad de Jesucristo, y le consta que Nuestro Señor se ha aprisionado en el Sagrario únicamente por amor á la criatura y por atender á sus necesidades, ¿con qué fervor é instancia no debe solicitar de la Majestad del Sacramento el remedio de sus enfermedades, particularmente de las enfermedades morales?

Convencido, en consecuencia, que este noble título honra sobremanera al Salvador en la Eucaristía y es un motivo de inmenso consuelo para el católico, pienso ponerlo á vuestra consideración con objeto de que por él nos movamos al aprecio y alabanza del Misterio del Altar. Esto supuesto, dividiré el modesto trabajo en tres partes, á saber: 1.^a *Jesucristo fué misericordioso y omnipotente médico del espíritu en su peregrinación sobre la tierra*; 2.^a *También lo es ahora en el Santísimo Sacramento*; 3.^a *Muy particularmente lo es cuando viene sacramentado á nuestro oración.*

§. I.

3. Dos son los pasajes del santo evangelio, en cada uno de los cuales estriban respectivamente la misericordia y la omnipotencia infinitas, que caracterizan el ministerio de Médico famoso que Jesucristo practica en la Santísima Eucaristía. La primera se compendia en estas palabras: «Dios Padre envió á su Hijo al mundo para que fuera salvo por

Él (1)». La segunda se resume en las siguientes: «Se me ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra (2)». Por manera que, según estas divinas frases, Jesucristo quiere curarnos de nuestras enfermedades morales y puede al propio tiempo librarnos de ellas. En efecto; todo cuanto obró el Salvador en su peregrinación mortal, respecto al asunto que nos ocupa, todo lo puede efectuar en la Santísima Eucaristía. En este saludable Misterio, por cierto, reside substancialmente el mismo Jesús, y desea al propio tiempo proseguir los trabajos realizados durante su vida, pasión y muerte. Descriptos, por lo tanto, como en breve compendio los asombrosos prodigios que el Salvador obrara entonces sobre las dolencias espirituales, nos servirán de gran libro abierto para leer en él lo que Nuestro Señor practica ahora desde el Sacramento Santísimo.

4. Hombres infames sorprenden á una infeliz adúltera y la presentan á Jesús para que decida si se debe apedrear ignominiosamente ó no, pues lo mandaba la ley en este caso; pero el Salvador, movido de entrañas misericordiosas, encorvando su delicado cuerpo, y sirviéndose de sus omnipotentes dedos, escribe en el suelo los graves pecados de los acusadores, quienes, á la vista de sus enormes extravíos, llenos de confusión vergonzosa, se retiran de aquel lugar. Entonces el divino abogado, dirigiéndose á la triste acusada, la dice: «Anda en paz y no vuelvas á pecar; tus pecados te son perdonados» (3). María Magdalena se persona en casa del fariseo Simón en ocasión que Jesús y sus discípulos se hallaban presentes. Poseída de contrición perfecta, toma un vaso de precioso bálsamo, confeccionado con nardo perfumado, y lo derrama sobre los pies del Salvador, regándolos al propio tiempo con lágrimas ardientes y secándolos después con sus blondos cabellos. Jesucristo, lleno de bondad, la dirige estas consoladoras frases: «Han sido perdonados todos tus pecados» (4). Un furioso ende-

(1) Joan. III, 17.

(2) Math. XXVIII, 18.

(3) Joan. VIII, 11.

(4) Luc. VII, 48.

moniado es presentado á Jesús, quien manda salir inmediatamente al espíritu malo; éste obedece al instante, y el pobre enfermo queda curado de los efectos consiguientes. ¿Qué indican todos estos admirables prodigios? Qué significa este perdón de los pecados y la fuga del infernal espíritu con todos sus horrores? ¡Ah! Que el Salvador ha podido curar las enfermedades del alma.

Las dudas negras del espíritu, sus terribles zozobras, su penosa inquietud, sus horribles disgustos, sus tremendas decepciones, y hasta sus desesperaciones crueles, encontraron en el Divino Médico su curación más completa. Desde el barco anclado junto á la tranquila playa, declara á sus discípulos los enigmas indescifrables. Sentado en el monte sobre la verde yerba, aclara las parábolas. Paseando por los sembrados, tranquiliza las conciencias de los acusadores y acusados. Pasando junto á Leví, habla á éste y, despertando su espíritu, le anima y convierte. Sobre la nave, serena la tempestad del mar y las zozobras de los marineros. En la casa y en el campo consuela á Marta y á María, resucitando á su hermano Lázaro. Cuando habla, instruye; cuando instruye, persuade; cuando persuade, convierte; y cuando convierte, santifica. Su reprensión infunde temor; pero cada palabra y cada acción supas vierten sobre el espíritu el precioso bálsamo del bienestar y del gozo: tal fué Jesucristo en su peregrinación sobre la tierra.

§. II.

5. Entremos ahora de lleno en el fondo del asunto. Jesucristo fué, no sólo omnipotente y misericordioso médico en su mortal carrera, sino también en la gloriosa del Sacramento Santísimo. Para probar mi aserto no tenemos más que dirigir nuestra curiosa vista al Sagrario. En él está realmente el Hijo de Dios, con el mismo poder y con el mismo sello de bondad que á sus obras imprimía su alma mientras peregrinó por el mundo. Viendo N. S. que al subirse al cielo dejaba de visitar personalmente á sus enfermos, á fin de curar sus dolencias, dispuso establecer su mansión divina en

el Sacramento, donde realmente continúa el mismo cargo que en el siglo ejercía. «Quería el Esposo, dice el extático S. Pedro de Alcántara, no dejar á la Esposa desconsolada, y por eso nos dió ese consuelo tan grande, que cuantos acuden á Él desconsolados y afligidos por el peso de sus miserias y enfermedades, salen completamente consolados (1)».

6. En el Tabernáculo espera al enfermo para que le refiera sus dolencias y le pida su curación completa. Si alguno padece enfermedad grave en el alma, le ordena que acuda al santo Tribunal de la Penitencia, pues el Sacramento Santísimo es Sacramento de vivos; y no es que este Misterio no pueda curar una enfermedad semejante, porque puede *per accidens*; sino porque Jesucristo exige se le reciba con entrañas de caridad. Mas, dejando este caso extraordinario, y tendiendo nuestra vista á las faltas ordinarias, á los pecados leves, á las ocasiones de pecar, á las tentaciones, á los malos hábitos y demás sufrimientos espirituales, ¿quién hay que habiendo acudido con entera confianza al altar del Sacramento no haya experimentado los saludables efectos de tan bondadoso y acreditado Médico? ¡Oh, exclama S. Alfonso, (2) si los hombres recurriesen siempre al Santísimo Sacramento á buscar el remedio de sus males! por cierto que no serían tan miserables como son».

7. Y en efecto, este sabio Médico, añade el citado San Pedro de Alcántara, que tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza, ordenó este Sacramento en especie de mantenimiento para que la misma especie en que lo instituyó nos declarase el efecto que obraba y la necesidad que nuestras almas de él tenían, no menos que la que los cuerpos tienen de su propio manjar» (3). Y si es evidente que el manjar corporal, no sólo nutre sino que restaura las fuerzas perdidas por el desgaste orgánico; si es cierto que no sólo restaura sino que cura el cuerpo en razón á la nuevas fuerzas que le proporciona, mucho mejor lo ejecuta en el orden es-

(1) Meditaciones de la Euc.

(2) Visitas, día 16.

(3) Medit. sobre la Pasión del Señor. Lunes.

piritual el Sacramento Santísimo, restaurando las energías anímicas, agotadas por los impulsos de las pasiones vehementes y de las horribles tentaciones.

Hoy que en todas partes se publican largos anuncios de doctores célebres, de especialistas renombrados que con su adquirida ciencia pretenden curar las dolencias corporales, y que repetidas veces después de haberles consultado y haber practicado sus indicaciones facultativas se consigue una decepción tremenda, ¿por qué no se acude al Sacramento del Altar, no digo yo para la curación de las enfermedades del cuerpo, sino precisamente para las del alma, donde sin esos preparativos de anuncios y gabinetes y sin costar un céntimo se consigue seguramente la salud del espíritu.

Un doctor en medicina que supiese y pudiese curar todo género de afecciones haría sin duda gran papel en la sociedad; sería ciertamente el ser más eminente de la tierra; pero lo que no es dable á ningún hombre le es fácil á Jesucristo Sacramentado quien sabe, puede y quiere sanar las afecciones del alma.

Á este Sacramento de misericordia, pues, deberíamos acudir con una fe más grande que la de Abraham y con una confianza más ciega que la de la Cananea á pedir el remedio de nuestras dolencias, la curación de nuestros males. Unas veces falta la fe, otras la constancia en el pueblo cristiano, cuando se presenta ante el celestial Médico y solicita la curación de sus enfermedades, que por esta razón solidísima no consigue la mayor parte de las veces la gracia deseada. Ármese cada cual con una gran dosis de fe y humildad y constancia, y sus esperanzas en Jesucristo no saldrán fallidas.

§. III.

S. En particular el Salvador es bondadoso Médico cuando, sacramentado, viene á nuestras almas. Esta obra es propia y exclusiva del Hombre Dios. Todo lo más que hace un médico es visitar al doliente y recetarle los medicamentos que cree le son indicados; pero Jesucristo Sacramenta-

do entra en el interior del enfermo, examina su dolencia, y Él mismo se transforma en eficaz medicina que la cura por completo. «Dé gracias al Santísimo Sacramento, decía San Bernardo, aquél que no siente tan frecuentes ni tan violentos impulsos de envidia, de incontinencia ó ira, pues ha producido en él tan buenos efectos». Modo sublime y nunca visto de operar es éste, que no empleó con los enfermos curados personalmente por Él cuando peregrinaba por el mundo. ¡Feliz pueblo, el pueblo cristiano que ha tenido la inmensa dicha de ser tratado tan cortesmente por el Autor de lo creado! Que todo un Dios se tome el trabajo de visitar al hombre doliente, de entrar en su alma, de pulsarle y de curarle...! ¡Ah! y qué cosas tiene el Hombre Dios!

9. Pero no nos cansemos de predicar la infinidad del amor de Jesucristo, traducido por las curaciones espirituales que obra en todo tiempo y en toda clase de individuos. El Salvador conoce que hay súbditos suyos que están físicamente impedidos para llegarse á la Sagrada Mesa. Mas no importa; Él inventará un medio; se dejará llevar de sus ministros para que le personen en todos esos lugares; volará con las alas de su gran celo, comunicado á sus sacerdotes para ir á la miserable choza del pobre como á la preciosa casa del hacendado, sin temor á las inclemencias del tiempo ni mucho menos á las blasfemias y sarcasmos de los impíos. Al visitar á sus hijos enfermos les consolará, les fortificará contra sus enemigos y les dará la sanidad del espíritu, para que, limpios hasta del polvo de la culpa, puedan entrar sin obstáculo alguno en las eternas mansiones.

10. Todos los santos están contestes con las afirmaciones expuestas. Decía S. Jerónimo, que no hay cosa que más fortalezca nuestra alma que el Pan de Jesucristo. Añade el V. P. Granada, que el que desea curarse de sus enfermedades jamás había de apartarse de este gran remedio eucarístico; y el P. Crasset (1), compendiando en elegantes frases los efectos del cargo de Divino Médico, se expresa de esta

(1) Lib. de consid. sobre el Smo. Sacram.

manera: «Cuando el alma comulga, Jesús la sustenta con su carne, la lava con su sangre, la enriquece con sus méritos, le da con abundancia su gracia, la comunica su espíritu, la enciende, la sana, la fortifica, la hace crecer en virtud y santidad, y si el alma no comiere la carne y bebiere la sangre de Jesucristo, ni tendrá vida, ni fuerza, ni salud, ni consuelo alguno, ni paz, ni virtud, ni fortaleza, ni fervor, ni devoción; estará lánguida, morirá de hambre, será fuertemente tentada y sucumbirá á la tentación». Con manifiesta razón asegura el Concilio de Trento (1), que el Santísimo Sacramento nos libra de las culpas veniales y nos preserva de las mortales. He ahí por qué escribió S. Buenaventura que «muchas veces sucede llegar una persona muy flaca y debilitada á comulgar, y ser tan grande el contento y alegría que recibe cuando sale de recibir este precioso Manjar, que se levanta tan esforzada como si nada tuviere de flaqueza (2)».

¶. Por consiguiente, ¿quién no tendrá deseos de ser curado? ¿habrá alguien tan insensato que en vista de su dolencia afirme que no tiene necesidad de facultativo? Pero si, como acabamos de notar, Jesucristo Sacramentado es el mejor médico del alma, á Él debemos acudir todos los días, pues todos los días nos hallamos enfermos. Un acto de fe en el Sacramento Santísimo, y nuestro espíritu será consolado. Una mirada fervorosa á la Hostia inmaculada, y nuestro corazón quedará curado, como en otro tiempo quedaron sanos los hebreos que tendieron sus tristes ojos hacia la serpiente del desierto. Una comunión santa, y todo nuestro ser se transportará á otras regiones más altas que le garantizarán la región purísima del cielo. Solía decir con frecuencia la sierva de Dios Sor Micaela Desmaisieres, fundadora de las Hermanas Adoratrices, que, cuando se hallaba en la presencia de Jesucristo Sacramentado, era la criatura más feliz que había en el mundo. Nosotros, pues, á su imitación, nos debemos colocar con modestia ante el Sacra-

(1) Sess. 13, c. 2.

(2) Lib. de perf. ad sor. suam.

mento del Altar, y, reconociendo nuestras íntimas fealdades, decirle sentidamente con las hermanas de Lázaro: «Señor, aquél á quien amas está enfermo». Y si el Salvador, para prueba de nuestra constancia, parece desoir nuestras humildes peticiones, como desoyó por breves días la de Marta y María, al fin vendrá en nuestro auxilio, se compadecerá de nuestras debilidades, llorará ante la tumba de nuestras culpas, rogará al Padre por nuestra salud, y ciertamente que, en último término, nos mandará salir de entre los mortales despojos, y nos resucitará á una nueva vida de gracia en el tiempo, como también á una nueva vida de gloria en la eternidad.

EJEMPLO

Arrebatada en espíritu Sta. Gertrudis, en una fiesta de la Sma. Virgen, recibía indecibles favores de esta benditísima Madre y de otros santos, al propio tiempo que, recogida dentro de sí misma, consideraba sus imperfecciones y negligencias, y le parecía que, no pudiendo corresponder á tan insignes favores, era también indigna de recibir el Santísimo Cuerpo de Jesús Sacramentado. Apareciósele entonces el Señor, y, vuelto á su Divina Madre y á los bienaventurados, les dijo:—¿No os parece que yo he enmendado bastante los defectos de esta alma cuando ella me recibió en mi Sacramento?—Y mucho más que bastante están enmendados, respondieron ellos.—¿Te basta Gertrudis? añadió el Señor; á lo cual respondió la santa.—Sí me bastaría si me quitaras, no sólo las pasadas negligencias, sino además las venideras, pues conozco mi gran fragilidad en caer.—Pues yo, replicó su Majestad, de tal modo te me daré en la Comunión que no sólo las pasadas, mas aún las futuras imperfecciones te quitaré; —con lo cual quedó la sierva de Dios muy alentada y llena de consolación dulcísima.